

Sociedad Anti-Industrial

por Enrique Gherzi

Los sociólogos hablan de sociedades tradicionales, sociedades agrarias, teocráticas, ideológicas, estamentales, industriales y otra multitud de clasificaciones, pero ninguno se ha puesto a pensar en una sociedad anti-industrial, menos a constatar si efectivamente existe y a analizar sus principales características.

Una sociedad anti-industrial es aquella que conociendo perfectamente la importancia de la modernización y racionalización de la vida económica se empecina en postergar tales resultados. Se reafirma permanentemente en una supuesta vocación de progreso y crecimiento y, sin embargo, hace todo lo contrario. Multiplica las extracciones y los impuestos, hace de la inflación una nota característica, de la represión a la industria una necesidad y de la desaparición del mercado libre un requisito.

Confundidos los medios con los fines por los innumerables prejuicios existentes, este tipo de sociedades adquiere su naturaleza "anti" por la negación de lo práctico y la exaltación de lo inalcanzable.

Como el individuo es el agente principal del progreso, nada mejor que relegarlo, impedirle una acción eficiente y someterlo a los controles más absurdos que pasen por la mente de los burócratas. De lo que se trata es de que la gente invierta mayor cantidad de tiempo en ocupaciones no reproductivas y ociosas que en el trabajo. Ensimismada en sus propias contradicciones, la clase política de la sociedad anti-industrial proclama a los cuatro vientos que no cesará en sus esfuerzos por modernizar el país, cuando con sus actos procura que la organización del trabajo quede plagada de irracionalidad, la vida social de injusticias y el régimen legal de imprecisiones. Cualquier cosa menos la industria organiza el trabajo social y, en consecuencia, todo ingreso se convierte en renta.

Pero una sociedad anti-industrial no es nada si no confía en el Estado, puesto que la tendencia hacia la libertad, inherente a la condición humana, necesita reprimirse en todos los campos. Entrega al Estado la corrección de unos supuestos desajustes del mercado, la emisión de la moneda, las principales tareas de gestión y la promoción del desarrollo. El resultado es un fantástico Ogro Filantrópico que Octavio Paz ha descrito con maestría, el cual domina a la sociedad civil so pretexto de hacer la justicia.

Organizado el trabajo en forma anti-industrial, la mano de obra de los sectores primarios es transferida a actividades marginales, producto de la represión sobre los mercados libres, tal el caso patético del comercio ambulatorio. Mas como la productividad es todavía

un peligro, se inventan el sueldo mínimo, la estabilidad laboral, la comunidad industrial y demás construcciones intelectuales, por supuesto, alejadas de la realidad.

La evaluación social constituye más un acto administrativo que una formación real. Tras esa sociedad conviven multitud de seres extraños: pálidos burócratas, especie de poder que limita al poder, le roba, lo engaña y, por último, pierde a los más hábiles hombres con que pueda contar un gobierno; una burguesía pseudo-revolucionaria —la inteligencia— que no cesa en proclamar su fobia por la economía ni su repulsa por lo que llama explotación del trabajo por el capital; una clase política poco cultivada pero ambiciosa de satisfacer sus apetencias; un grupo económico nacido de la propia sociedad anti-industrial, que se ha alimentado de ella, ha lucrado con sus medidas y se ha convertido en un poder material sumamente próspero. Surge así toda una formación social que realmente modifica las estructuras.

Aunque los errores se sucedan uno tras otro, aunque la crisis parezca insoluble y la debacle cercana, los partidarios de la sociedad anti-industrial no reniegan de sus objetivos —en privado los más lúcidos lo hacen—. Es que la cohesión ideológica, los mitos y la imaginación son más fuertes que la evidencia.

Una sociedad así es la

que hemos heredado de la experiencia militar-colectivista de la década pasada. Somos una sociedad anti-industrial producto de la prepotencia del gobernante y la pretensión de sus asesores, más que de la autonomía de la voluntad personal o de las modificaciones económicas. Es allí, felizmente, donde radica su debilidad. Sin embargo, ¿seremos capaces de transformarla? ¿De hacer de la industria una alternativa y del desarrollo un desafío? Las conclusiones pesimistas son bastante más factibles que las optimistas, cada vez que la situación persiste y el tiempo apremia.